

DOS CARTAS

Nuestro asociado y colaborador D. Julián Lanchas, nos remite la carta que a continuación transcribimos.

El firmante, M. Ostos Gabella, dirige la revista poética «Malvarrosa», de Valencia. Aún impresionados por la gran tragedia, nos sentimos, una vez más, sobrecogidos ante un documento tan interesante revelador de cuanto aconteció. No dudamos que nuestros lectores sabrán reconocer y estimar con profundo respeto los móviles y circunstancias en que dicha carta ha sido redactada. Igualmente solicitamos de todos ellos —asociados o no— cualquier clase de ayuda, al objeto de aliviar, en lo posible, la situación en que nuestro compañero y su revista han quedado.

«Amigo Lanchas:

Me llegó la tuya por milagro, porque de lo que fué el número 50 de la calle Cavite, sólo queda un horroroso montón de escombros, bajo los cuales han quedado, hechos astillas y embarrados, todos mis muebles, ropas, ahorrillos, aunque pocos, y todos los demás enseres.

Yo salí de entre los escombros por verdadero milagro, en cueros, descalzo, con la mano derecha atravesada por un clavo y con el alma destrozada por tanto horror.

Los 350 ejemplares del número 25 de «Malvarrosa», que ya estaban listos para salir, han quedado enterrados bajo los escombros de lo que fué mi domicilio, así como todas las publicaciones que me habían ido enviando, libros, periódicos y revistas. ¡Estoy arruinado!

Por favor, comunica esto a los de «Alne» y a todos los amigos, porque yo no puedo hacerlo por falta de sobres, sellos y papel.

De Ballester no sé nada, pues estoy con la mujer, hijo y cuñada enfermos, en casa de un amigo, por lo que yo tengo que hacerlo todo

Te abraza,
M. OSTOS GABELLA»

* * *

Por su parte, el Director de nuestra publicación, don Clemente Palencia, ha recibido la siguiente carta, que le dirigen don Manuel Mora Jiménez y don Francisco Cuadrado Ruiz, director y redactor jefe, respectivamente, de la Revista literaria «Ecija».

La solidaridad de los hombres de negocios se ha visto puesta a prueba —y ha quedado en buen lugar— con motivo del cataclismo que ha azotado a Valencia. La de los literatos y artistas no debe padecer menoscabo en la comparación. Los de «Ecija» nos instan —con la exhortación y con el ejemplo— a acudir en socorro de «Malvarrosa».

«Distinguido amigo:

Una angustiada carta recibida de nuestro común amigo y compañero de letras, Manuel Ostos Gabella, director de la Revista «Malvarrosa», de Valencia, nos mueve a escribirle por su indicación, con motivo de la tragedia sufrida por la capital levantina, en la que ha perdido totalmente su hogar, libros, enseres y efectivo.

Un grupo de poetas de esta Tertulia Literaria de Ecija (Sevilla), le hemos hecho envío de nuestras cartas de consuelo y de una cantidad en efectivo, recabada de todos y cada uno de nosotros en la medida de nuestras fuerzas. Muy poco a nuestro juicio, con relación a lo que es merecedor este noble, sencillo y buen amigo.

Perdone Ud. le roguemos envíe a Manolo aunque solo sea unas líneas de consuelo, ya que se lo agradecerá mucho su corazón de poeta y hombre bueno, y si fuese a Ud. posible, veríamos con agrado hiciera un llamamiento en el próximo número de su Revista, con el fin de paliar un poco la situación angustiada de nuestro compañero común y de que esta modesta ayuda sirva también para ver en breve la luz la que fué Revista «Malvarrosa» y cuyo núm. 25, terminado para su reparto, también fué presa de las garras del agua.

Con tan lamentable motivo, esperamos sepa Ud. dispensarnos y por anticipado le agradeceremos cuanto en favor del referido compañero le rogamus; ofreciéndonos con este motivo incondicionales y attos. ss. ss. y colegas q. e. s. m.

Por la Revista «Ecija»

M. MORA JIMENEZ
Director

FRANCISCO CUADRADO RUIZ
Redactor Jefe



LIBERTADES EN EL VACIO

Frank Elgar es un crítico francés. Y nos vamos a escudar en él y en su cualidad de ultrapirenaico para que estas apreciaciones no puedan ser tildadas de cerrilismo celtibérico. De él es la formulación que referida a las artes plásticas, y más concretamente a la pintura actual, sirve de lema a este ensayo de ensayo. Dice el francés —y algunos abundamos en su opinión— que la conseguida y reconocida libertad de concepción y de expresión con que trabajan los vanguardistas, no ha servido para que a su favor cuajara una estética suficientemente significativa de las inquietudes del momento, ni para la formulación de una plástica que, sobre original, sea además trascendente, rigurosa, válida por sí misma.

Reprocha Elgar a los pintores jóvenes, sobre todo, que parecen haberse habituado a ver, a sentir y a plasmar colectivamente. En efecto, la formulación de la pintura abstracta es masiva; sus epígonos suelen deber la fama, antes que a la celebridad alcanzada por sus obras, a la permanencia en su postura estética, a la contumacia en la herejía contra las formas. Suenan Picasso, Derain, Van Dongen; no «Las Bañistas», «El Viejo», «Arlequin»... Y, sin temor a incurrir en fetichismos, se puede aventurar que ninguno de los millares de cuadros pintados más o menos de acuerdo con las orientaciones de la llamada «escuela de París», llegará a poseer la individualidad estética, la vida propia de que parecen disfrutar «La Gioconda», «Las Lanzas» o «La Ronda de Noche».

La plástica contemporánea no acierta a coherenarse con la civilización a la que debía pretender servir. Y quizá en esta falta de conexión radica la fundamental debilidad de un arte que no está religado a la realidad. Para la formulación de la plástica —de gran parte de la plástica— llamada «actual», se ha partido de la falsa premisa de que el humanismo había periclitado; luego, la crítica ha hecho lo demás. En lugar de señalar al arte sus limitaciones —sus gloriosas limitaciones— se ha pretendido educar, catequizar al público, y se han pintado y esculpido millares de entelequias para unos hipotéticos contempladores cerebralizados, haciendo caso omiso, o desconocido quizá, en muchos casos, que la «ultima ratio» insobornable del arte es la imitación de la vida, y que ésta, en su planteamiento fundamental, apenas si ha sufrido modificaciones importantes desde que Héctor y Aquiles se daban de porrazos alrededor de Troya.

PEDRAZA